

Consideraciones sobre el capitalismo neoliberal y la alternativa de lo común

Matías L. Saidel

(Conicet - Universidad Nacional de Entre Ríos)



Abstract

In this paper, we seek to actualize and complete the Foucauldian diagnostic on neoliberalism and discuss if and to what extent the politics of the common has been able to erect itself as an alternative to the neoliberal rationality. In order to do so, we will refer not only to neoliberalism as a governmental rationality but also to neoliberal capitalism as a specific evolution of a system of production and reproduction of social life, that implies new forms of war amidst populations. In this sense, we understand that besides implementing an entrepreneurial norm of behavior ruled by competition, neoliberal capitalism has set in motion dispossession logics and, at the same time, new forms of cooperation of workers, users, consumers and citizens whose results are expropriated by financial dispositives. In that context, we will discuss if the common, permanently in tension between expropriative, dispossessive, and configurative practices, can emerge as an alternative form of cooperation and self-government to the neoliberal governmental rationality.

Keywords:

governmentality, dispossession, expropriation

Resumen

En este trabajo nos proponemos actualizar y completar el diagnóstico foucaulteano en torno al neoliberalismo y, en ese marco, discutir si y en qué medida, la política de lo común ha podido configurarse como una alternativa a la racionalidad neoliberal. Para ello, nos referiremos no sólo al neoliberalismo como racionalidad gubernamental sino al capitalismo neoliberal como una modulación específica de un sistema de producción y reproducción de la vida social, que conlleva nuevas formas de guerra en el seno de las poblaciones. En ese sentido, entendemos que además de implementar una norma de conducta empresarial regida por la competencia, el capitalismo neoliberal ha puesto en funcionamiento lógicas claramente desposesivas y, a la vez, nuevas modalidades de cooperación de asalariados, usuarios, consumidores y ciudadanos cuyos resultados son expropiados por los aparatos de captura del capital financiero. En ese marco, discutiremos si lo común, permanentemente tensionado por lógicas expropiativas, desposesivas y configuradoras, puede erigirse como una forma de cooperación y autogobierno alternativos respecto de la racionalidad gubernamental neoliberal.

Palabras claves:

gubernamentalidad, desposesión, expropiación

Datos del Autor

- Doctor en Filosofía por el Istituto Italiano di Scienze Umane
- Licenciado en Ciencias Políticas por la Universidad Nacional de Rosario
- Profesor Titular de Filosofía Política en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos
- Investigador asistente del Conicet

1. Una introducción imprevista: Foucault y sus etapas en la caracterización del poder

Muchos de los más destacados intérpretes de Foucault señalan una ruptura en lo que hace a su estudio del poder entre una etapa marcada por la hipótesis nietzscheana, que intenta pensarlo en términos de guerra, y más específicamente, de guerra de razas, y otra etapa donde el poder es entendido en términos gubernamentales, como conducción de conductas o intervención ambiental que condiciona las acciones esperables de otros. Estas dos concepciones se van configurando como alternativas a las miradas jurídicas del poder, propias del poder soberano y de la filosofía política moderna, y a la hipótesis represiva, desarrollada por Wilhelm Reich, donde el poder es entendido como mecanismo de prohibición. Así, entre *Vigilar y castigar*, *Defender la sociedad* y *La voluntad de saber*, vemos emerger dispositivos y tecnologías de poder que producen, que incitan, que extraen fuerzas, que buscan hacer vivir. Este biopoder se reparte en una tecnología que individualiza y moldea los cuerpos (anatomopolítica) y otra que opera sobre las condiciones ambientales en las que se desarrolla la vida de la población (biopolítica). Las disciplinas suponen un control del espacio, del tiempo, de los movimientos, de las tareas que realizan los cuerpos a través de la vigilancia, la norma, el examen, la medicalización de los comportamientos. Por otro lado, la norma biopolítica busca establecer niveles óptimos o al menos tolerables de mortalidad, morbilidad, natalidad, etc. para un poder que interviene sobre la vida de la población buscando potenciarla. Estos dispositivos de poder hicieron posible el desarrollo del capitalismo industrial en Europa Occidental. Sin embargo, desde la emergencia de este biopoder se han producido los mayores genocidios de los que se tenga memoria en nombre de la defensa de la vida, explicables por la cesura que el racismo introduciría en el continuum biológico de la población, derivando paroxístico del nazismo¹. De hecho, es en el contexto de la economía de guerra que los mecanismos del *welfare state* se desarrollan plenamente. Es decir que en el primer abordaje de la biopolítica, el vínculo entre guerra y producción, entre conservación y aniquilación de la vida, configura una especie de nudo gordiano.

Sin embargo, a partir de *Seguridad, Territorio, Población*, las referencias a la biopolítica y a la guerra van quedando en un segundo plano, frente al relieve que cobran las nociones de gobierno y gubernamentalidad. El paradigma gubernamental resultaría más dúctil en cuanto permite, por un lado, articular la dimensión globalizadora con la individualizadora del poder, y, por otro lado, la dimensión ética con la dimensión política de la conducción de conductas. En ese sentido, la noción de gubernamentalidad permitiría conectar la interrogación por el saber-poder con aquella por las prácticas de sí y las formas de subjetivación y veridicción de las que se ocupa Foucault durante los últimos cuatro años de su vida. Es decir, que la noción de gubernamentalidad conecta la cuestión del gobierno de los otros con la del gobierno de sí mismo.

Ahora bien, en las indagaciones de Foucault, la historia o genealogía de la

1. Foucault, M., *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 232ss.

gubernamentalidad en Occidente, iniciada con el poder pastoral, culmina en el neoliberalismo, de cuyos mayores exponentes y novedades a nivel teórico nos ofrece una imagen clara y contundente. En este abordaje gubernamental, la modernidad ya no es leída a partir de los dispositivos de saber-poder que hicieron posible el advenimiento del capitalismo industrial sino tomando al liberalismo como tecnología de gobierno de la sociedad a través de dispositivos económicos y jurídicos. En ese marco, la gubernamentalidad ha sido leída como un modo de entender el poder que deja atrás la guerra, lo cual parece buscar desmarcar definitivamente a Foucault tanto de las hipótesis nietzscheanas como del pensamiento de Marx, ya sea en lo que hace a la lucha de clases (uno de los modos de pensar las relaciones de poder en términos de guerra), como en lo que hace al poder disciplinario (en *Vigilar y Castigar* se alude explícitamente al Libro I, sección 4 de *El Capital*) como de la vinculación señalada por el propio Foucault a nivel epistémico entre el nacimiento del capitalismo industrial con el de la vida, el trabajo y el lenguaje y a nivel político con el biopoder². En ese sentido, este tipo de lecturas, apoyadas en los escritos del propio autor, han servido para entender cómo se piensa a sí mismo el neoliberalismo y de qué manera se propone configurar nuestras subjetividades, pero el precio que se ha pagado fue el de abandonar cualquier interrogación por las configuraciones históricas del capitalismo y las violencias que las hizo posibles (colonización externa e interna, esclavismo, sumisión de las mujeres, acaparamiento de recursos, etc.). Sin incluir dicha dimensión en el análisis, resulta difícil entender cabalmente el nacimiento de las disciplinas, de la biopolítica, y del propio liberalismo³.

Por el contrario, en este trabajo nos proponemos pensar que la hipótesis del poder en términos gubernamentales está muy lejos de anular aquella inversión foucaultea de la tesis de Clausewitz, según la cual habría que pensar la política como continuación de la guerra por otros medios. El poder, ya sea que se ejerza de manera directa sobre los cuerpos o que intente conducir conductas, supone siempre una relación diferencial de fuerzas. De hecho, el propio Foucault, después de haber desarrollado su historia de la gubernamentalidad en Occidente, señala que si bien las relaciones de poder deben ser entendidas en términos de gobierno, estas limitan siempre con, y pueden derivar en, relaciones estratégicas de enfrentamiento⁴. Por ese motivo, Alliez

2. Foucault afirmaba en *La voluntad de saber* que el capitalismo industrial —coincidente en sus inicios con la emergencia de la gubernamentalidad liberal— “no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos”. Foucault, M., *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, México – Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 170.

3. De hecho, Foucault reconoce el genocidio colonizador en su genealogía del racismo, pero luego se concentra en el caso europeo y señala que el racismo sería producto de la emergencia del biopoder. Cfr. Foucault, M., *Defender la sociedad*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 232. Si Foucault hubiese seguido el hilo de su afirmación anterior, posiblemente el racismo de Estado encontraría sus antecedentes en las colonias, donde se desarrolla como un modo de justificar la esclavización y el exterminio de otros pueblos, que fueron la condición de posibilidad del desarrollo del capitalismo y, al mismo tiempo, el laboratorio de la guerra contra la clase obrera decimonónica y de la guerra total que se traslada a Europa en el siglo XX. Sobre este punto se detienen Lazzarato, M. y Alliez, E., *Guerres et capital*, Paris, Amsterdam, 2016, pp. 80ss. En todos los casos en que cito un texto en idioma extranjero, la traducción es propia.

4. Foucault, M., “El sujeto y el poder”, *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 50, No. 3. (Jul. - Sep., 1988), pp. 3-20. Stable URL: <http://links.jstor.org/sici?sici=0188-2503%28198807%2F09%2950%3A3%3C3%3AESYEP%3E2.0.CO%3B2-A>

y Lazzarato sostienen que “si se aísla el análisis de las relaciones de poder de la guerra civil generalizada [...] la teoría de la gubernamentalidad no es más que una variante de la gobernanza neoliberal”⁵.

Por lo demás, como la experiencia histórica, especialmente latinoamericana, no ha dejado de mostrarnos, una lectura del neoliberalismo en clave gubernamental que olvide la violencia armada que lo posibilitó y que lo sostiene sería al menos ingenua. En este sentido, sostenemos desde hace un tiempo que la lectura foucaultea del neoliberalismo en clave gubernamental, con sus intervenciones sobre las reglas de juego a favor de la competencia y en su constante promoción de subjetividades empresariales, debe ser complementada tanto con una renovación de la crítica de la economía política que tenga en cuenta los modos de acumulación del capitalismo contemporáneo como con una consideración de las formas de violencia y de conflicto que aseguran su mantenimiento y difusión.

De allí que en lugar de referirnos al neoliberalismo, lo hagamos al *capitalismo neoliberal* y nos interroguemos por sus características en las décadas pasadas y por las alternativas que se erigen frente a él. En ese sentido, nos preguntaremos por los alcances de las políticas de lo común, tan en boga en las últimas décadas, como alternativa política inmanente al orden neoliberal.

2. La gubernamentalidad neoliberal

En Nacimiento de la biopolítica Foucault identificó muchos núcleos centrales del neoliberalismo, precisamente por haberse tomado el trabajo de considerar seriamente el modo de pensar de los propios teóricos neoliberales, leyéndolos en sus propios términos⁶. Foucault explicita que el neoliberalismo a nivel político tiene como enemigo directo ya no sólo al marxismo sino al keynesianismo, el dirigismo económico, la planificación y el intervencionismo estatal, que formarían un sistema que, para autores como Hayek y Röpke, conduce inevitablemente al totalitarismo⁷. Al mismo tiempo, Foucault muestra que el neoliberalismo establece un quiebre epistémico con el naturalismo propio del liberalismo clásico y su política de *laissez faire*, anticipándose así a ciertas lecturas ingenuas del neoliberalismo como “achicamiento del Estado”. Por el contrario, el neoliberalismo propugnado por la

5. Lazzarato, M. y Alliez, E., *op. cit.*, p. 26.

6. Tal vez el hecho de que a diferencia de Marx, la crítica foucaultea no pretenda *desmitificar* ni juzgar los discursos y prácticas que toma como objeto de sus genealogías ha habilitado las lecturas edulcoradas e incluso aquellas celebratorias de la gubernamentalidad neoliberal.

7. En ese marco, resultaron centrales los informes de Beveridge, uno proponiendo la centralización de un exhaustivo sistema de seguridad social y de salud pública (1942) y el otro elaborando propuestas para el pleno empleo en una sociedad libre (1944). Para los neoliberales dicho plan forma parte de una invariante antiliberal que conduce al totalitarismo. Hayek escribió *Road to Serfdom* (1944), trad. esp. *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 1977 en respuesta a dicho plan. Otro texto recuperado por Foucault (*Nacimiento de la biopolítica*, p. 141) en el mismo sentido es el de W. Röpke, “Das Beveridgeplan”, *Schweizerische Monatshefte für Politik und Kultur*, junio-julio de 1943, donde lo sindicaba como la antesala del nazismo. Nótese que en este punto se establece un claro vínculo entre guerra total y economía de bienestar que luego no es retomado por Foucault. Al caracterizar los pactos de guerra como el plan Beveridge, ironiza: “ahora les pedimos que se hagan matar, pero les prometemos que, si hacen eso, conservarán sus empleos hasta el fin de sus días”. *Ibid.*, p. 251

escuela de Friburgo, también llamado ordoliberalismo en honor a la revista en la que publicaban, le otorga un rol central al Estado en la configuración de un mercado regido por la competencia⁸. El mercado entonces no es un lugar natural de intercambio que puede autorregularse si la autoridad no interviene, sino que es un constructo que debe ser creado y vigilado constantemente por la autoridad gubernamental para que pueda funcionar. Sin embargo, esa intervención no debe ser directa sino que concierne a los marcos regulatorios que hacen posible el funcionamiento del mercado. En ese sentido, la legitimidad del Estado y del gobierno se construye a través del mercado, que no solo debe ser producido sino que, además, debe ser concebido en términos de competencia y desigualdad y ya no de intercambios y equivalencia⁹. Dicha competencia debe ser construida y vigilada mediante una política activa que incluye intervenciones jurídicas, acciones reguladoras y ordenadoras¹⁰. En ese sentido, para los ordoliberales es “preciso gobernar para el mercado y no gobernar a causa del mercado”¹¹. En ese marco, el pleno empleo, que era un objetivo de los planes económicos de inspiración keynesiana, debía dejar de ser un objetivo del gobierno, pues llevaría inevitablemente a distorsionar los equilibrios espontáneos de los precios. El ordoliberalismo sostendrá que la política social no debe compensar los efectos de los procesos económicos y no puede fijarse la igualdad como objetivo, sino que debe dejar actuar a la desigualdad. Para Foucault, la única política social verdadera que conciben es el crecimiento económico¹². El gobierno debe intervenir sobre la sociedad para que los mecanismos competitivos puedan cumplir el papel de reguladores. “Se trata de hacer del mercado, de la competencia, y por consiguiente de la empresa, lo que podríamos llamar el poder informante de la sociedad” y de “alcanzar una sociedad ajustada ya no a la mercancía y su uniformidad, sino a la multiplicidad y la diferenciación de las empresas”¹³.

Ahora bien, es precisamente en torno a la afirmación del modelo de la empresa como grilla interpretativa de la sociedad y punto nodal de la tecnología del sí mismo neoliberal que van a coincidir los ordoliberales con los liberales de Chicago. En ambos casos, la política neoliberal buscará construir un homo economicus que

8. Esta corriente de pensamiento ha tenido un éxito notable especialmente en Europa, desde la erección de Alemania Occidental, que construyó un nuevo Estado a partir del mercado, hasta lo que fue la conformación de la actual Unión Europea, donde muchas de las propuestas ordoliberales en torno al combate a la inflación y la independencia del Banco Central tienen un rango constitucional y los Estados se ven incluso privados de uno de los atributos clásicos de la soberanía, como es el control de la moneda.

9. Para los ordoliberales, sólo la competencia puede asegurar la racionalidad económica mediante la formación de precios. Foucault, M. *op. cit.*, p. 151.

10. En la teoría de Eucken, las *acciones reguladoras* buscan controlar la inflación mediante política crediticia mientras que las *ordenadoras* intervienen sobre las condiciones estructurales del mercado. Foucault, M., *op. cit.*, p. 170ss.

11. *Ibid.*, 154. Itálicas nuestras.

12. *Ibid.*, 178.

13. *Ibid.*, 186-187.

no es el del intercambio y el consumo sino el de la empresa¹⁴. Pero los neoliberales de Chicago sostendrán que la economía debe asumir el punto de vista del actor y sus elecciones, ocupándose de toda conducta finalizada que implique una elección estratégica de medios, vías e instrumentos, asignando recursos escasos a fines antagónicos. Desarrollan así, primero Mincer, luego Schultz y finalmente Gary Becker la teoría del capital humano, que se llegará a utilizar como grilla de análisis incluso de las conductas aparentemente no racionales y no económicas. Desde dicha perspectiva, todas las conductas y decisiones, incluso las aparentemente más íntimas y no utilitarias, pueden ser analizadas en términos económicos de costos y beneficios, oferta y demanda, ya que la economía sería una ciencia de la sistematicidad de las respuestas a las variables del medio¹⁵. En ese marco, el capital humano puede ser definido como el conjunto de los elementos físicos, culturales y psicológicos invertidos para valorizar la propia vida. Así, estas teorías se deslizan insensiblemente de las insuficiencias de una economía clásica que no habría pensado adecuadamente el trabajo más allá del factor tiempo a proponer un comportamiento obligatorio basado en la óptima utilización de los recursos disponibles en todos los ámbitos de la existencia, puesto que somos capitalistas de nosotros mismos. Esto supone al mismo tiempo desplazar el conflicto y el riesgo al interior de cada sujeto, cuya capacidad de producir, su cuerpo, sus aptitudes y relaciones, son su propio capital, un recurso que debe usar de manera eficiente y responsable para lograr una satisfacción y un éxito que sólo depende de sí mismo¹⁶. En efecto, para esta perspectiva no existe el trabajador de la economía clásica, sino un empresario de sí mismo que invierte su capital, sus capacidades y competencias, para obtener una renta, entrando en un

14. Nicoli, Massimiliano, y Luca Paltrinieri. “Il management di sé e degli altri” *aut - aut*, n° 362, (aprile-giugno 2014). No podemos detenernos aquí en la genealogía de estas dos corrientes. Sin embargo, cabe marcar que la teoría del capital humano encuentra sus antecedentes en la escuela austríaca, desde la teoría subjetiva del valor de Menger, a la praxeología propuesta por Ludwig von Mises. Sobre este tema se ha detenido en distintos lugares Susana Murillo. Cfr. Por ejemplo “Estado, sociedad civil y gubernamentalidad neoliberal”, *Entramados y perspectivas. Revista de la carrera de sociología*, Vol. 1, N° 1, enero - junio 2011, pp. 91-108

15. En 1992 Gary Becker recibe el premio Nobel de economía por haber extendido el dominio de la microeconomía al análisis de comportamientos hasta entonces no mercantiles. En la misma línea, David Friedman, hijo de Milton, “explica” la racionalidad económica del crimen y del matrimonio en términos de costos y beneficios. Por ejemplo, el matrimonio no sólo reduciría los costos de transacción sino que también permitiría una especialización funcional. Sería un contrato monopólico bilateral de largo plazo en el cual, si bien elegimos nuestra pareja en un mercado altamente competitivo, una vez hecha la elección, los costos de cambiar son demasiado elevados como para intentarlo. Friedman, David. *Hidden order: the economics of everyday life*. (New York: Harper Business, 1997), 317 y ss. Lo interesante del ejemplo del matrimonio es que las tasas de divorcio que se registran en los países más desarrollados sirve para desmentir la racionalidad de nuestro comportamiento, sobre la que basa sus teorías la economía neoclásica, o, en su defecto, de la propia teoría del autor.

16. Esta capitalización del yo configura un dispositivo de control altamente eficaz en sí mismo, especialmente en un marco de desregulación y precarización laboral impuestos por las políticas neoliberales en las últimas décadas. Como sostienen Nicoli y Paltrinieri, “el mejor modo de movilizar las energías de una fuerza de trabajo cada vez más precarizada, empobrecida y al mismo tiempo hiper-especializada y potencialmente independiente de la organización —y por ello peligrosa— consiste en individualizarla como capital humano y hacer que cada uno encuentre la “forma” de la empresa como código secreto de su propia verdad interior”: Nicoli, Massimiliano, y Luca Paltrinieri. “Il management di sé e degli altri”, trad. propia.

intercambio paritario con quien lo contrata¹⁷. Para ello tiene que vender y gestionar adecuadamente su trabajo, posicionándose en un mercado, consiguiendo un cliente, negociando el precio de contratación, etc¹⁸.

En ese marco, desaparecen la explotación y la inequidad resultantes de un sistema económico y social en el cual una minoría concentra la mayor parte de la riqueza. Para los neoliberales, las desigualdades y la pobreza obedecen al mal uso de las propias inversiones y elecciones. Por eso separan la política económica de la social y proponen una política social individual: ya no se va a buscar librar a los sujetos de los riesgos de la existencia mediante los dispositivos securitarios del Estado benefactor sino hacer que cada uno asuma sus riesgos como un empresario de sí mismo, “que es su propio capital, su propio productor, la fuente de [sus] ingresos”¹⁹ y por ende responsable de su éxito o su fracaso. Cualquier parecido con los discursos publicitarios o políticos actuales, cada vez más indistinguibles, no es pura coincidencia²⁰.

3. El empresario de sí mismo y la financiarización: la fábrica del hombre endeudado

Si ya en la teoría del capital humano se proponían como términos clave para comprender al trabajador y a la subjetividad los de capital y renta, con la financiarización y el endeudamiento masivos de las últimas cuatro décadas este empresario de sí mismo se configura como tal en gran medida mediante su condición deudora. En cierto sentido, la deuda no es demasiado novedosa como mecanismo de sujeción. Los “5000 años de deuda” nos enseñan que existe un lazo inextricable entre violencia/guerra, deuda y producción de una subjetividad moralmente culpable frente al acreedor (Schuld en alemán significa tanto deuda como culpa), y que la propia existencia de la moneda-deuda es anterior al intercambio, incluso en su forma de trueque²¹. Además, en ese punto se articulan tanto la sujeción social como la servidumbre maquínica, ambas constitutivas de las formas de dominación propias del capitalismo. Como señala Lazzarato, si la moneda como medio de intercambio remite al ámbito intersubjetivo, su rol decisivo como moneda-deuda implica una captura anticipada de los posibles. Por eso, la moneda no sólo permite producir una sujeción social que movilice la conciencia y la memoria del sujeto sino que al mismo tiempo la moneda-deuda produce una servidumbre maquínica, “un dominio

17. Leghissa, G., “Il modello dell’impresa e le radici della governamentalità biopolitica” En *Biopolitiche del lavoro*, editado por Lelio Demichelis y Giovanni Leghissa, Milán-Udine, Mimesis, 2008, pp. 73-90.

18. Nicoli, M., y Paltrinieri, L., *op. cit.*

19. Foucault, M., *Nacimiento de la biopolítica, op. cit.*, p. 265

20. Esta indiscernibilidad entre discurso político y publicitario es sintomático en el caso argentino, donde, durante el último año y medio, la apelación a la meritocracia y al esfuerzo de cada uno como individuo, la idea de que el éxito o el fracaso dependen sólo del propio esfuerzo y la autosuperación frente a la incertidumbre coinciden con el crecimiento del desempleo, la informalidad, la pobreza y la indigencia.

21. Graeber, D., *Debt: the first 5,000 years*. New York, MelvilleHouse, 2011. Lazzarato, por su parte, retoma este carácter estratégico de la moneda-deuda de Deleuze-Guattari y Nietzsche, pero también del Foucault de las *Lecciones sobre la voluntad de saber*.

molecular, infrapersonal y preindividual de la subjetividad, que no pasa por la conciencia reflexiva y sus representaciones ni por el «yo»²². Junto al capital humano, que es construido desde las representaciones simbólicas como un “sujeto económico responsable y culpable de sus propias acciones y comportamientos” el capitalismo genera una forma de servidumbre en la que fragmentos de nuestra subjetividad funcionan como componentes del maquinismo²³. En este sentido, la transversalidad de las finanzas es posible por la de las máquinas y los signos, que se insertan en nuestras mentes y cuerpos, produciendo interfaces entre lo orgánico y lo inorgánico (chips, bancos de datos, etc.) que transmiten informaciones de manera constante y producen nuevas formas de sujeción y servidumbre²⁴ que no tienen que ver con lo intersubjetivo sino con lo pre-subjetivo. Por eso mismo el capitalismo no funciona solamente apelando al lenguaje y el significado sino fundamentalmente a semióticas asignificantes. Para Lazzarato, “el capital es un operador semiótico y no lingüístico, pues sus flujos de signos (la moneda, los algoritmos, los diagramas, las ecuaciones) operan directamente sobre los flujos materiales, sin pasar por la significación”²⁵. Es decir que los dispositivos de poder del capitalismo contemporáneo no sólo producen un sujeto-empresario de sí mismo que administra su propio capital humano sino que, además, configuran y modulan un dividuo que no actúa sino que funciona como elemento humano de un mecanismo que no controla: “funciona con arreglo a programas que lo utilizan como uno de sus componentes”²⁶. Lazzarato sitúa así junto al gobierno de las subjetividades una “gubernamentalidad de la servidumbre” que opera sobre “vectores de subjetivación humanos y no humanos” que atraviesan a la subjetividad y “sobre los componentes somáticos, biológicos, químicos, genéticos, neuronales que forman el cuerpo”²⁷. Por eso mismo, el *homo oeconomicus* no es un sujeto racional e informado de decisión como afirman las teorías económicas corrientes, sino “la terminal de semióticas asignificantes, simbólicas y significantes y de componentes no semióticos, la mayor parte de los cuales escapan a su conciencia”²⁸. Ahora bien, con la extensión que el endeudamiento ha adquirido en las últimas cuatro décadas, a nivel de las deudas soberanas y de los actores económicos privados, incluyendo a quienes hasta hace poco eran considerados “demasiado pobres para

22. Lazzarato, M., *La fábrica del hombre endeudado*, op. cit., p. 169

23. Lazzarato, M., *Il governo dell'uomo indebitato*, op. cit., pp. 147-48.

24. *Ibid.*, p. 13

25. *Ibid.*, p. 14.

26. Lazzarato, M. *La fábrica del hombre endeudado*, op. cit., p. 172. En la *Posdata sobre las sociedades de control*, Deleuze utiliza la noción de dividuo (retomada de lo dual en Simondon) para caracterizar el modo de operar de los dispositivos de modulación, que reconfiguran las preferencias individuales en una serie de muestras expresadas en algoritmos anónimos, lo cual es propagado por las tecnologías digitales y permite nuevas formas de control a distancia. Cfr. Rodríguez, Pablo E., «Espetáculo do Dividual: Tecnologias do eu e vigilância distribuída nas redes sociais», *Revista ECO-Pós. Revista del Programa de Pós-Graduação em Comunicação e Cultura da Escola de Comunicação de la Universidade Federal de Rio de Janeiro (UFRJ)*; Rio de Janeiro, 2015 vol. 18.

27. Lazzarato, M., *La fábrica del hombre endeudado*, op. cit., p. 158

28. Lazzarato, M., *Il governo dell'uomo indebitato*, op. cit., pp. 173-174, tr. propia.

la deuda”²⁹, en el capitalismo financiero y neoliberal los principales aparatos de captura serán la renta y los impuestos³⁰. Lazzarato señalan que con el paso del *welfare* al *debtfare state*, ahora son los ricos los asistidos permanentemente a costa de los asalariados, ya que los impuestos ya no se utilizan para proveer de servicios a la sociedad sino para pagarles a los grandes acreedores, los cuales engrosan día a día las cuentas de los bancos de los paraísos fiscales. De todos modos, el *debtfare* no es sólo un mecanismo anónimo de saqueo sino que es a la vez productivo de subjetividad. Desde el punto de vista subjetivo, los impuestos permitirían expiar la culpa colectiva frente a la deuda. En este punto, como hemos señalado, la estrategia neoliberal ha sido muy clara: reemplazar los derechos sociales con el derecho a endeudarse.

En ese contexto, Lazzarato afirma que desde los '80 comenzó una hipoteca a gran escala sobre el futuro de la humanidad, donde los individuos y países se encuentran cada vez más sometidos a los dueños del capital al tiempo que los objetivos de las empresas quedan cada vez más supeditados a la presión de los accionistas, dando lugar a una gran concentración de beneficios y patrimonios. Concomitantemente, la deflación salarial puso a la fuerza de trabajo en competencia a escala mundial y condujo a muchos asalariados al endeudamiento. Así, lo que era presentado desde el relato neoliberal como una ampliación de la autonomía, de las posibilidades de consumo y de goce, bajo la promesa de que todos seríamos accionistas, propietarios, emprendedores, solo logró precipitarnos en “la condición existencial de este hombre endeudado, responsable y culpable de su propia suerte”³¹. En ese marco, la población debe encargarse de todo aquello que las empresas y el Estado de bienestar “externalizan” hacia la sociedad, empezando por la deuda. Es esta la que nos obliga a convertirnos en homo oeconomicus, y sería esto, y no el trabajo inmaterial o cognitivo, lo que marca el pulso de las sociedades neoliberales:

En la economía de la deuda, llegar a ser capital humano o empresario de sí mismo significa [...] hacerse cargo de la pobreza, el desempleo, la precariedad, los ingresos mínimos, los bajos salarios, las jubilaciones cercenadas, etc., como si fueran «recursos» e «inversiones» del individuo que deben administrarse como un capital, «SU» capital. Según se advierte hoy claramente, los conceptos de «empresario de sí mismo» y «capital humano» deben interpretarse a partir de la relación acreedor-deudor, o sea, la relación de poder más general

29. La consideración de que $\frac{3}{4}$ partes de la humanidad eran demasiado pobre para la deuda pertenece a Deleuze, G., “Posdata sobre las sociedades de control” en Christian Ferrer (Comp.) *El lenguaje literario*, Tº 2, Montevideo, Ed. Nordan, 1991.

30. Si bien los sectores empresariales son los que suelen protestar por los impuestos elevados, la estructura impositiva de la mayor parte de los países es francamente regresiva, teniendo un mayor impacto relativo sobre los sectores bajos y medios. Por lo demás, basta pensar en la reducción sistemática de la carga impositiva a los grandes capitales y a los mayores ingresos que se dieron desde los años 1980 en todo el mundo. Por ejemplo, en Estados Unidos la tasa impositiva marginal a los mayores ingresos pasó de 70% en 1980 a 28% en 1988, mientras que los impuestos sucesorios bajaban del 70 al 35% para la misma franja de contribuyentes. Esa misma evolución se observa en todos los países noroccidentales. Cfr. Piketty, T., *El capital en el siglo XXI*, Buenos Aires, FCE, 2014, pp. 553. De manera tal que los Estados pasaron de financiarse fundamentalmente en base a impuestos progresivos, especialmente desde fines de los años 1930 hasta 1980 a financiarse a partir del endeudamiento, cuyos servicios se llevan ahora buena parte de los recursos antes dedicados a la promoción económica y social.

31. Lazzarato, M. *La fábrica del hombre endeudado*, op. cit., pp. 10-11

y desterritorializada merced a la cual el bloque de poder neoliberal gobierna la lucha de clases³².

Como vemos, al final de esta parábola iniciada con el supuesto alejamiento que la gubernamentalidad supondría respecto de la hipótesis de la guerra como marco interpretativo de las relaciones de poder, nos encontramos con una nueva versión de la lucha de clases. De hecho, las fuerzas neoliberales han derrotado a sus enemigos de antaño apoyando dictaduras sangrientas y la represión violenta de las protestas sociales en su contra. Además, han hecho de cada crisis, guerra o catástrofe “natural” una oportunidad para crear nuevos mercados y liquidar población superflua³³. En ese marco, el neoliberalismo ha conducido a una guerra civil planetaria en el seno de las poblaciones. Por eso Warren Buffett señaló que la clase capitalista que él representa está ganando categóricamente la guerra de clases en las últimas décadas³⁴. En ese sentido, ni el *welfare* ni el *debtfare* son explicables sin el *warfare*.

4. La otra cara de la gubernamentalidad: guerras y acumulación de capital

Si la economía de la deuda es uno de los terrenos privilegiados del despliegue de la lucha de clases, no sorprende entonces que el propio Lazzarato, junto con Éric Alliez, se hayan abocado como complemento de los estudios sobre la deuda y la gubernamentalidad neoliberal, al de la relación entre guerras y capital, invirtiendo la afirmación de Clausewitz y valiéndose de la denuncia schmitteana de la relación guerra – economía: “la economía persigue objetivos de guerra con otros medios”³⁵.

La tesis de partida de los autores es que “la guerra, la moneda y el Estado son las fuerzas constitutivas o constituyentes, es decir ontológicas, del capitalismo”³⁶. La genealogía del capitalismo muestra que sin el ejercicio de la guerra externa y de la guerra civil interna, el capital no hubiese podido constituirse y, recíprocamente, sin la captura y la valorización de la riqueza operada por el capital, el Estado nunca podría haber ejercido sus funciones administrativas, jurídicas, gubernamentales y militares. La expropiación de los medios de producción y la apropiación de los medios de ejercicio de la fuerza son las condiciones de formación del capital y de constitución del Estado que se desarrollan paralelamente³⁷.

En este sentido, Lazzarato y Alliez se suman al coro de quienes entienden que la acumulación originaria no representa sólo la prehistoria o el pecado original del

32. *Ibid.*, p. 58

33. Cfr. Klein, N. *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

34. *Ibid.*, p. 120

35. Lazzarato, M. y Alliez, E. *Guerres et capital*, Paris, Amsterdam, 2016, p. 15.

36. *Ibid.*, p. 17

37. *Ibid.*

capitalismo, sino que se reactualiza de manera constante³⁸. Si esto es así, las guerras de clase, raza, sexo y subjetividad, con las cuales se impuso el capitalismo desde sus comienzos, son interminables. En especial, las guerras contra los pobres y las mujeres en la colonización interna de Europa, y las guerras contra los pueblos originarios en la colonización externa, que se despliegan durante la acumulación originaria, hicieron posibles las luchas de clases de los siglos XIX y XX, donde el capital como relación social busca la pacificación por medios a menudo sanguinarios³⁹.

Bajo esta perspectiva queda desmentida la idea de una acumulación propiamente capitalista que deja atrás la violencia de la acumulación originaria. La guerra tiene así un carácter constitutivo y productivo. Por otro lado, Lazzarato y Alliez plantean la tesis de que ya desde el siglo XIX el capitalismo es eminentemente financiero y que sólo la guerra total, la amenaza revolucionaria y luego la guerra fría permitieron poner coto de manera momentánea al conflicto de clases: el *welfare* como resultado del *warfare*. Sin embargo, la guerra civil planetaria y la economía de la deuda vuelven a desplegarse desde la inconvertibilidad dólar – oro, declarada por Nixon en 1971, y se aceleran con la crisis del 2008, al no haber ninguna amenaza real al dominio incontestado del capital. En ese proceso queda de manifiesto que la lógica de acumulación del capital sería Dinero-Dinero, sin tener que pasar por ninguna Mercancía. Dicha lógica conlleva la privatización de la tierra y de los comunes del mundo⁴⁰.

Para los autores, lo que se gobierna y lo que permite gobernar son las divisiones que proyectan las guerras en el seno de la población al rango de contenido real de la biopolítica. “Una gubernamentalidad biopolítica de guerra como distribución diferencial de la precariedad y norma de la «vida cotidiana»”, que, lejos de abonar “el gran relato del nacimiento liberal de la biopolítica”⁴¹ toma a la guerra colonial –que es una guerra contra las poblaciones en las que se borra la distinción entre paz y guerra, combatientes y civiles, lo económico, lo político y lo militar– como modelo de todas las otras guerras. Este modelo de guerra contra las poblaciones es el que

38. Cfr. De Angelis, M. “Marx and primitive accumulation: The continuous character of capital’s «enclosures»”, en *The commoner*, nro 2., septiembre de 2001; Federici, S. *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2010; Mezzadra, S. *La condizione postcoloniale. Storia e politica nel presente globale*. Verona, Ombre corte, 2008.

39. Lazzarato, M. y Alliez, E., *op. cit.*, p. 19. En este sentido, los autores perciben en la genealogía foucaultea del poder en occidente una falta de articulación tanto con la colonización externa como la interna, y en ese marco, con la acumulación originaria como condición de posibilidad de la sociedad disciplinaria y de la biopolítica, en especial en referencia a la expropiación del cuerpo de las mujeres como eje de la reproducción biológica y social de la fuerza de trabajo, condición de posibilidad del despliegue de una “biopolítica del cuerpo”. Por lo demás, el propio Foucault atisba una relación entre el despliegue del poder disciplinario con su modelo de verdad en Occidente y su perfeccionamiento en las colonias, tomando como uno de sus casos la aplicación de esquemas disciplinarios a los guaraníes por parte de los jesuitas y como contrapunto a la esclavitud, pero no desarrolla este punto en sus trabajos posteriores sobre la sociedad disciplinaria. A ello debemos agregar lo señalado en una nota precedente acerca de la genealogía del racismo en las colonias. En definitiva, si se considera la acumulación originaria, con la colonización intra y extraeuropeas, tenemos una genealogía más profunda de las disciplinas, la biopolítica y el racismo. Cfr. Lazzarato, M. y Alliez, E., *op. cit.*, pp. 77 ss. y Foucault, M. *El poder psiquiátrico*, Buenos Aires, FCE, 2014, pp. 90 ss.

40. Lazzarato, M. y Alliez, E., *op. cit.*, p. 21

41. *Ibid.*, p. 28

habría adoptado el capital financiero desde los '70, en nombre de un neoliberalismo combativo.

La máquina de guerra del capital que, al comienzo de los años 1970, ha integrado definitivamente al Estado, la guerra, la ciencia y la tecnología enuncia claramente la estrategia de la mundialización contemporánea: acelerar el fin de la muy breve historia del reformismo del capital –Full Employment in a Free Society, según el título del libro-manifiesto de Lord Beveridge publicado en 1944– combatiendo por todas partes y por todos los medios las condiciones de realidad de la relación de fuerzas que lo había impuesto⁴².

En ese marco, Lazzarato y Alliez critican la lectura del capitalismo cognitivo como una suerte de comunismo del capital⁴³, pues ignoraría que el capital es una “máquina de guerra en la cual la economía, la política, la tecnología, el Estado, los medios de comunicación, etc. no son sino las articulaciones informadas por relaciones estratégicas” y señalan que “los flujos de crédito y de guerra son, junto a los Estados que los integran, la condición de existencia, de producción y de reproducción del capitalismo contemporáneo”⁴⁴.

En este sentido, nos interesa remarcar que el capitalismo actual no sólo se despliega en términos gubernamentales, a través de la producción de un empresario de sí mismo endeudado que desde su inserción en el juego de la competencia hace funcionar la máquina. Al mismo tiempo están operando constantes formas de servidumbre maquina y de expropiación de los comunes mediante el avance de la mercantilización hacia nuevas esferas, apoyándose en la financiarización y la violencia estatal y paraestatal.

5. Más allá de la gubernamentalidad: el capitalismo actual, entre desposesión y expropiación de lo común

En el párrafo precedente comentábamos que Alliez y Lazzarato se suman a quienes han teorizado el carácter continuo de la acumulación originaria, lo cual nos recuerda que lo que fue privatizado y expropiado de manera violenta en el nacimiento del capitalismo y lo seguiría siendo hoy es nada menos que lo común, entendiendo por ello tanto los bienes comunes como los espacios institucionales que tienen por objetivo la gestión de dichos bienes.

Como sabemos, los *commons* tradicionales remitían en Europa tanto a los recursos y los bienes que antes del advenimiento del capitalismo eran considerados inapropiables o bien de libre acceso (el agua, el aire, etc.), las instituciones de propiedad comunal de diversa índole, y los recursos a los que los pobres tenían derecho de uso (madera para calefaccionarse, tierras comunales para pastoreo, frutos silvestres, etc.) antes de los sucesivos cercamientos; por otro lado, los espacios de deliberación política y de

42. *Ibid.*, p. 29

43. Cfr. Virno, P., *Gramática de la multitud*, Madrid, Traficantes de sueños, 2003; Marazzi, Christian, *Il comunismo del capitale. Finanziarizzazione, biopolitiche del lavoro e crisi globale*, Verona, Ombre corte, 2011.

44. Lazzarato, M. y Alliez, E., *op. cit.*, p. 17

gestión de los bienes comunes a nivel local. En ese marco, Dardot y Laval recuerdan que por comunes se entendía “el conjunto de las reglas que permitían a los campesinos de una misma comunidad el uso colectivo, regulado por la costumbre, de caminos, bosques y pastos” y que, en un sentido más amplio, actualmente “comprende todo aquello que podría convertirse en blanco de las privatizaciones, de los procesos de mercantilización, de los pillajes y destrucciones llevados a cabo en nombre del neoliberalismo y tomándolo como excusa”⁴⁵.

En ese sentido, teóricos de distintas procedencias señalan que el neoliberalismo dio lugar a una segunda ola de cercamiento de los comunes⁴⁶. Ella comprende fenómenos como la privatización de bienes naturales, el acaparamiento de tierras, la sobreexplotación de recursos no renovables, la privatización de servicios como la salud, la educación, el acceso a la vivienda, y de los bienes inmateriales, especialmente con la extensión de los regímenes de patentes y derechos de autor al área del conocimiento e incluso de la vida. Este movimiento de cercamientos puede definirse como “una dinámica global y difusa de expropiación de recursos comunes con la consiguiente transferencia de prerrogativas del dominio colectivo al del mercado”⁴⁷. Por ello, los comunes de hoy, en lucha contra los cercamientos del pensamiento y la creación constituidos por los derechos de propiedad intelectual, serían herederos de las luchas contra los cercamientos físicos del pasado⁴⁸.

En el ámbito latinoamericano esta tendencia hacia una expansión de los cercamientos y el despojo consiguiente de los comunes se verificó, en la etapa neoliberal, no sólo en la privatización masiva de empresas estatales y servicios públicos sino también en un nuevo impulso al extractivismo, que abarcó desde terrenos cedidos a grandes explotaciones mineras, proyectos hidroeléctricos, autopistas o transferencia masiva de tierras a costos irrisorios. Como viene sucediendo en África y Asia, estos proyectos a menudo se hicieron a expensas de territorios donde la propiedad comunal permitió la subsistencia de comunidades campesinas durante siglos y hasta milenios. En la actualidad 2.000 millones de personas deben su subsistencia a territorios y bienes comunes que, al ser poseídos y gestionados en común de manera consuetudinaria, sin títulos de propiedad, se ven amenazados por el despojo a manos del Estado y el

45. Dardot, P. y Laval, Ch., *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*, Barcelona, Gedisa, 2015, p. 110-111

46. Bollier, D. *Pensar desde los comunes. Una breve introducción*, Buenos Aires, ed. Colaborativa Traficantes de Sueños, Sursiendo, Tinta Limón et. al., 2016; Boyle, J., “The Second Enclosure Movement and the Construction of the Public Domain”, *Law and Contemporary Problems*, vol. 66, n°1 & 2, 2003; Boyle, J., *The Public Domain. Enclosing the Commons of the Mind*, New Haven & Londres, Yale University Press, 2008; Shiva, V., “The Enclosure and Recovery of the Biological and Intellectual Commons”, en D.K. Marothia (ed), *Institutionalizing Common Pool Resources*, Nueva Delhi, Concept Publishing Company, 2002, pp. 675-684; Benkler, Y., “Free as the Air to Common Use: First Amendment Constraints on Enclosure of the Public Domain.” *New York University Law Review* 74, 1999, pp. 354-446.

47. Coccoli, L. (ed. y trad.) *Commons. Beni comuni: il dibattito internazionale*, Florencia, goWare, 2013, p. 14.

48. Coriat, B., « Qu'est ce qu'un commun ? Quelles perspectives le mouvement des communs ouvre-t-il à l'alternative sociale. Quatre thèses pour nourrir un débat en cours », en *Les Possibles* — Nro 5, Invierno 2015, disponible en <https://france.attac.org/nos-publications/les-possibles/numero-5-hiver-2015/dossier-les-biens-communs/article/qu-est-ce-qu-un-commun>

mercado⁴⁹. Precisamente por ello, lo común ha adquirido un valor crítico en la lucha contra el neoliberalismo, orientándose, por un lado, hacia la defensa de los recursos e instituciones del común que aún no han sido privatizados y, por otro, hacia una reapropiación colectiva y democrática de espacios acaparados por los oligopolios privados y los gobiernos.

Estos nuevos cercamientos y las luchas en la defensa y promoción de los comunes han sido problematizados por dos lecturas contemporáneas del capitalismo neoliberal que nos interesa recuperar aquí: la acumulación por desposesión y la expropiación de lo común.

La acumulación por desposesión tiene que ver con una forma de acumulación de riquezas que procede privatizando recursos públicos y comunales e introduciendo lógicas mercantiles en ámbitos anteriormente ajenos a las mismas. Ello se lleva a cabo frecuentemente de manera violenta, a través de la coacción extraeconómica. En este sentido, David Harvey señala que remite a prácticas que

comprenden la mercantilización y privatización de la tierra y la expulsión forzosa de poblaciones campesinas (...) la conversión de formas diversas de derechos de propiedad (comunal, colectiva, estatal, etc.) en derechos exclusivos de propiedad privada (...); la supresión de los derechos sobre los bienes comunes; la mercantilización de la fuerza de trabajo y la eliminación de modos de producción y de consumo alternativos (autóctonos); procesos (...) coloniales, neocoloniales e imperiales de apropiación de activos (los recursos naturales entre ellos); y, por último, la usura, el endeudamiento de la nación y, lo que es más devastador, el uso del sistema de crédito como un medio drástico de acumulación por desposesión. El Estado, gracias a su monopolio sobre el uso de la violencia y su definición de la legalidad, desempeña un papel crucial tanto en el apoyo como en la promoción de estos procesos. Actualmente, a este listado de mecanismos podemos añadir una batería de técnicas como la extracción de rentas de las patentes y de los derechos de propiedad intelectual, y la disminución o la anulación de varias formas de derechos de propiedad comunes (como las pensiones del Estado, las vacaciones retribuidas, y el acceso a la educación y a la atención sanitaria) ganados tras generaciones de lucha de clases⁵⁰.

En efecto, la privatización y mercantilización de activos y servicios previamente públicos permitió abrir nuevos dominios a la acumulación de capital, desde la provisión de servicios básicos, a los específicos del Estado de bienestar, instituciones públicas y funciones de seguridad y defensa. Asimismo, Harvey destaca que la posibilidad de que el material genético sea privatizado dio lugar a un fenómeno como la biopiratería y que la mercantilización de la naturaleza está llevando a una destrucción acelerada de nuestro propio hábitat⁵¹.

El segundo aspecto tratado por Harvey en términos de desposesión es el de la *financiarización*, señalando que la “desregulación permitió al sistema financiero convertirse en uno de los principales centros de actividad redistributiva a través de

49. Bollier, D. *Pensar desde los comunes*, op. cit.

50. Harvey, D. *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007, p. 175.

51. *Ibíd.*, p. 176

la especulación, la depredación, el fraude y el robo”⁵². En línea con lo que hemos comentado a propósito de Lazzarato, ello se relaciona directamente con la difusión de “la trampa de la deuda”, cuyas crisis sirvieron para “racionalizar el sistema” y “efectuar una redistribución de activos” que produce una transferencia fenomenal de fondos de los países pobres a los ricos⁵³. En este marco, el Estado se transforma en un agente de redistribución desde las clases bajas a las altas, a través de recortes en el gasto en salario social, reformas tributarias regresivas, subvenciones y exenciones fiscales a las grandes empresas, etc⁵⁴.

En suma, la noción de desposesión nos recuerda que el proceso de subsunción real de la fuerza de trabajo al capital, la explotación específicamente capitalista, va siempre de la mano de un proceso violento de mercantilización y privatización de prácticas o bienes que, hasta ese momento, no tenían por objeto la producción de plusvalía ni el intercambio mercantil. En este sentido, tanto en el caso de los bienes materiales, como puede ser el acaparamiento de tierras, el saqueo de los recursos pesqueros, acuíferos, hidrocarbúricos o mineros, como en el de los bienes intelectuales, como el patentamiento de los saberes ligados a la utilización de una planta medicinal, estamos frente a la presencia de bienes comunes y de instituciones y prácticas comunales ligadas a ellos, que son sometidos a lógicas desposesivas.

Sin embargo, Harvey buscará diferenciar la acumulación primitiva, que tiene un sentido progresivo al incorporar economías poco desarrolladas al capitalismo, de la acumulación por desposesión, que destruye las oportunidades generadas por el propio capitalismo. Así, señala que “la acumulación primitiva que abre una vía a la reproducción ampliada es una cosa y la acumulación por desposesión que interrumpe y destruye una vía ya abierta es otra muy distinta”⁵⁵. Sin dudas, esta distinción analítica es legítima. Sin embargo, cabe poner en tela de juicio el carácter progresista y generador de bienestar del capitalismo que ella supone, apelando a cierto imaginario del verdadero capitalismo como industrial y productivo frente al saqueo como interrupción a su normal funcionamiento.

Lo mismo vale para la relación entre producción y finanzas. En efecto, diversos teóricos señalan que la financiarización de las últimas décadas ha evidenciado que no se puede separar la economía ficticia de las finanzas de la economía real y que lo que predomina es la renta por sobre la ganancia⁵⁶. En ese sentido, Lazzarato y Alliez señalan que al conservar la distinción entre capital financiero e industrial, y con ello de la explotación como distinta acumulación por desposesión, Harvey se ve obligado a inventar una dialéctica para unir lo que había separado, es decir, las luchas clásicas del movimiento obrero y aquellas contra la acumulación por desposesión de los

52. *Ibíd.*, p. 177

53. *Ibíd.*, p. 178

54. *Ibíd.*, pp. 179-180

55. Harvey, D. *El nuevo imperialismo*, Madrid, Akal, 2004, p. 129

56. Por ejemplo, Marazzi, Ch. *op. cit.*

movimientos altermundistas⁵⁷.

En ese sentido, un aspecto importante del trabajo de Hardt y Negri es, a nuestro juicio, que intentan tomar seriamente en cuenta las consecuencias de la hegemonía del capitalismo financiero y postfordista, entendiendo la explotación biopolítica como *expropiación de lo común*. Para estos, tanto los recursos considerados herencia de la humanidad por la tradición como todo aquello que es a la vez producto y condición de posibilidad de la cooperación social, como lenguajes, códigos, afectos, relaciones y conocimientos, constituyen lo común. Este se compone de los bienes comunes materiales, como el agua, el aire, las costas, y toda la munificencia de la naturaleza, y de los artificiales, como los códigos informáticos y las creaciones artísticas e intelectuales. Si bien entienden, al igual que Harvey y otros, que el neoliberalismo ha sido más exitoso en redistribuir regresivamente la riqueza que en generarla, restaurando así el poder de clase de los grandes capitalistas⁵⁸, objetan a las críticas del neoliberalismo en términos de desposesión el hecho de no ofrecer “recursos suficientes para analizar la composición orgánica del capital”, y en particular “la productividad del trabajo vivo”⁵⁹. Para este análisis se concentran en el “común artificial”, donde no impera la escasez, sino la abundancia, como “la clave de comprensión de las nuevas formas de explotación del trabajo biopolítico”⁶⁰. Para los autores, este es el terreno primordial de la valorización económica en la actualidad, pues con la intelectualización, informatización, y afectivización del trabajo, la riqueza es inmediatamente producida en común y a partir de lo común.

En ese sentido, Hardt y Negri entienden que hay una fuerte discontinuidad en las modalidades de trabajo y de funcionamiento del *capitalismo fordista*, donde el sector hegemónico era el industrial y los procesos productivos y la vida social en su conjunto estaban sometidos a los ritmos propios de la disciplina fabril, respecto del *capitalismo postfordista*, donde el sector hegemónico es el *cognitivo* y la producción se vuelve “biopolítica”. En esta nueva etapa, tanto las disciplinas como la producción rompen los muros de las instituciones y se expanden a toda la vida social. Por otra parte, el *general intellect*, fuente primordial del aumento de la productividad y por ende de la plusvalía relativa, ya no estaría objetivado en las máquinas propiedad de los capitalistas (capital fijo), sino en la red descentralizada de trabajadores que cooperan de manera cada vez más autónoma respecto de los ritmos y espacios organizados directamente por el capital. En este sentido, los autores sostienen que en la *producción biopolítica* (producción de códigos, lenguajes, afectos y formas de vida) la riqueza es producida en común por una multitud de trabajadores cognitivos y afectivos sin que la empresa capitalista organice directamente las formas de dicha cooperación. Por lo demás, actualmente la corporación capitalista es una empresa accionaria que obtiene valor en términos financieros, independientemente de los procesos productivos efectivos de la empresa. Por eso Hardt y Negri entienden que el capitalismo actual es

57. Lazzarato, M. y Alliez, E., *op. cit.*, pp. 88-89.

58. Hardt, M. y Negri, A., *Commonwealth. El proyecto de una revolución del común*, Madrid, Akal, 2011, pp. 271-272

59. *Ibid.*, p. 152

60. *Ibid.*, p. 153

esencialmente rentístico y que, a la vez que permite un despliegue sin precedentes de una cooperación social autoorganizada, se limita a vampirizarla desde afuera. En este sentido, si hay depredación o desposesión es “en la medida en que [el capital] trata de capturar y expropiar la riqueza común producida autónomamente”⁶¹. En ese marco, habría una contradicción inmanente al capitalismo cognitivo entre su necesidad de una expansión constante de lo común para producir nueva riqueza y las barreras que el propio capital impone a dichos flujos (leyes de copyright, patentes, etc.) para poder capturar una renta.

En este sentido Pierre Sauvetre señala que el neoliberalismo contemporáneo se caracteriza por la incitación a la cooperación autónoma de los asalariados, de los consumidores y de los usuarios para que produzcan bienes sociales que son seguidamente apropiados gratuitamente por las empresas y las administraciones públicas: “todos los dispositivos de la gubernamentalidad neoliberal contemporánea serían dispositivos de puesta en común en los que los productos son finalmente captados y expropiados por el capital y el Estado”⁶².

En este marco, si bien no se puede reducir el funcionamiento del capitalismo actual a los procesos de cercamiento, desposesión o expropiación, en la medida en que el capitalismo no solo avanza siempre sobre terrenos que tenían una relativa autonomía respecto del mismo, sino que lo hace introduciendo nuevas relaciones de dependencia y sumisión que implican una modificación de los vínculos sociales, las identidades y las subjetividades, nos parece que poner el acento en el cuidado y en la productividad de lo común nos recuerda que la riqueza y la innovación son producidas por una cooperación social cada vez más creativa e inteligente y, en ese sentido, hace pensable la apertura hacia un porvenir más allá del capitalismo neoliberal.

6. Lo común como alternativa política al capitalismo neoliberal

Frente a los intentos de expropiación y desposesión de lo común ya mencionados, en las últimas décadas distintos movimientos sociales en lucha contra las políticas neoliberales han reivindicado explícitamente lo común, tanto en lo que respecta a la defensa de bienes comunes materiales e inmateriales frente al despojo al que son sometidos, como en lo que hace a las instituciones y formas de vida creadas y sostenidas en común. Como ejemplo, pueden citarse experiencias tan heterogéneas como los movimientos altermundistas, los de la lucha por el acceso a la tierra de los campesinos en México y Brasil, el zapatismo en Chiapas, la guerra del agua en Cochabamba, las ocupaciones de las plazas en distintas ciudades del mundo contra el nuevo saqueo perpetrado durante la crisis de 2008 y durante las “primaveras” de 2011, las comunas que han surgido a lo largo del mundo, las asambleas ciudadanas y movimientos contra desahucios de los cuales han surgido nuevos movimientos

61. *Ibid.*, p. 155

62. Sauvetre, P. « Foucault avec Marx: la pratique altératrice comme praxis révolutionnaire et les luttes contemporaines pour le commun » en Laval, C.; Paltrinieri, L., y Ferhat, T. (coords.), *Marx & Foucault. Lectures, usages, confrontations*. Paris, La Découverte, 2015 p. 283.

sociales y políticos, o las comunidades de software y cultura libres que han intentado generar alternativas a la privatización y exclusión en el terreno informático y cultural, incluso valiéndose de las mismas leyes de propiedad intelectual que fueron ideadas para excluir el libre flujo de ideas e informaciones. Podríamos decir que estos movimientos se oponen a algunos dispositivos centrales de la modernidad occidental, como son la representación política de matriz liberal, que ha producido la delegación del poder popular en élites tecnocráticas, dando por tierra con cualquier idea de democracia; la división del mundo entre propiedad privada y estatal, a favor de formas comunales de propiedad y de uso; y la idea de que el ser humano se guía por un autointerés egoísta, que es la concepción dominante en economistas y políticos, que obran en consecuencia.

Ahora bien, si las luchas por la defensa y la producción de lo común aparecen en esta etapa con una fuerza tan marcada es porque, como vimos, el propio capitalismo neoliberal se afirma, por un lado, en el despojo de recursos compartidos y, por otro lado, en la promoción de nuevas formas de cooperación social en las que la creatividad, la afectividad, la comunicación, etc. se vuelven elementos estratégicos de su propio éxito a través de formas rentísticas de captura y expropiación. Estas luchas por lo común, que en muchos casos retoman la vocación antisistémica de las luchas proletarias decimonónicas y que tienen en su centro la cuestión de la autonomía y la autogestión, no presuponen una identidad social ni formas organizativas predefinidas, sino que definen esas cuestiones a partir de una determinada praxis compartida. En ese sentido, dejando atrás las distintas ontologías de lo común que se han propuesto en las últimas décadas, pero también por fuera de toda veleidad comunitarista, Dardot y Laval dan una definición política de lo común como principio de co-obligación entre quienes participan de una actividad compartida. Esto quiere decir que lo común no implica un principio ontológico de obligación y apertura hacia cualquier otro, con lo cual la política y el antagonismo se volverían impracticables o injustificables, sino que la obligación es hacia quienes están comprometidos en la promoción activa del común en cuestión.

Este principio podría parangonarse con lo que proponen activistas críticos de la Producción entre Pares basada en el Común (*Commons based peer-production*) que señalan un problema que se asemeja al del libre acceso a los comunes y su consiguiente tragedia⁶³: “mientras más comunista es la licencia de compartición que usamos (es decir, no hay restricciones para compartir) en la producción entre pares de software libre o de hardware abierto, más capitalista es la práctica (esto es, las multinacionales pueden usarlo gratuitamente)”⁶⁴. Para evitar esta expropiación de lo común, los autores proponen una Peer-Production License, distinta de la General Public License

63. Nos referimos a que Hardin denunciaba que al ser los costos asumidos por todos y los beneficios apropiados privadamente, lo racional era comportarse como un *free rider*, lo cual llevaba, en el caso de los comunes materiales, a una depredación del recurso en cuestión. Sin embargo, Ostrom mostró en 1990 que Hardin confundía recursos de libre acceso con recursos de uso compartido. Estos últimos tienen reglas de uso, tendientes a conservar el recurso, y de sanción hacia quienes no las respetan.

64. Bauwens, M. y Kostakis, V., “From the Communism of Capital to Capital for the Commons: Towards an Open Co-operativism”, *tripleC*, 12(1): 356-361, 2014.

creada por Richard Stallman que permite el uso de los programas informáticos por parte de las grandes empresas sin que ellas tengan la obligación de reciprocidad hacia los commoners que han producido dichos programas. Para Bauwens y Kostakis, la reciprocidad en la contribución al común como sistema sería decisiva para pasar de un comunismo del capital a un capital de y para los comunes, donde lo que se busca es incrementar la participación de los cooperadores y los valores de uso creados y compartidos⁶⁵.

Este mismo principio vale, *mutatis mutandis*, para el pensamiento de lo comunal que han desarrollado diversos teóricos latinoamericanos sin recaer en formas excluyentes de comunitarismo etnocéntrico. En este sentido, Raquel Gutiérrez Aguilar propone pensar lo comunitario no como un resabio de tiempos precapitalistas, ni como algo en cierto modo ajeno pero funcional a la reproducción del capitalismo, tal como han hecho algunos marxistas latinoamericanos, sino como una forma de organizar relaciones sociales de compartición y cooperación “que tienden a generar equilibrios dinámicos no exentos de tensión con el fin de reproducir la vida social, en medio de los cuales una colectividad tiene y asume la capacidad autónoma, auto-determinada y auto-regulada de decidir sobre los asuntos relativos a la producción material y simbólica necesaria para garantizar su vida biológica y social a través del tiempo”⁶⁶.

La política de lo común busca entonces, por un lado, asegurar la reproducción conjunta de la vida material y cultural, y, por otro, crear instituciones que garanticen la pervivencia y expansión del común en cuestión. Sin embargo, cabe destacar que ni todos los comunes son anticapitalistas ni representan necesariamente una alternativa al ethos empresarial reinante. De hecho, Caffentzis y Federici distinguen entre los comunes cooptados por el Estado y el capital -que les sirven a estos para apropiarse de trabajo no remunerado-, los comunes productores de mercancías y los del tercer sector, de los comunes anticapitalistas que deben ser el “medio para la creación de una sociedad igualitaria y cooperativa”⁶⁷.

Este último objetivo es el que ha hecho que distintos militantes y teóricos hayan puesto sus expectativas en lo común como el terreno de gestación de la revolución en el siglo XXI, nutriéndose de la memoria de las luchas anticapitalistas y sus formas organizativas autónomas y federativas. Estas ya no remiten a clases sociológicamente predefinidas sino a proyectos políticos y subjetivos antagónicos, como son aquellos que promueven la institución de comunes anticapitalistas en contraposición a aquellos que ven en lo común un nuevo terreno de generación de plusvalor a ser apropiado de manera privada; entre aquellas formas de vínculo político que promueve la toma conjunta de decisiones y la asunción de los compromisos correspondientes y aquellas formas de delegación de la decisión política en representantes políticos y sindicales que se desligan de cualquier obligación hacia los representados. En este sentido, si

65. Bauwens, M., “The Political Economy of Peer-Production”, *Ctheory*, 2005

66. Gutiérrez Aguilar, R. y Salazar Lohman, H., “Reproducción comunitaria de la vida. Pensando la trans-formación social en el presente”. *El apantle. Revista de estudios comunitarios* (1), 2015, pp. 15-50.

67. Caffentzis, G. y Federici, S., “Comunes contra y más allá del capitalismo”. *El apantle. Revista de estudios comunitarios* (1), 2015, pp. 51-72, p. 66.

bien no todos los comunes buscan erigir una alternativa al capitalismo, actualmente cuesta vislumbrar una alternativa al mismo que no pase por las luchas en torno a lo común, que buscan promover formas autónomas de producción y toma de decisiones en conjunto, a partir de las cuales se forja la posibilidad de un habitar que, lejos de la lógica de la competencia exacerbada entre los sujetos y de la explotación de otros y de sí mismo, promueva formas de cooperación social que se den en un marco de igualdad y sustentabilidad económica y ecológica. En el horizonte en el que habitamos, donde el Estado neoliberal tiene por objetivo último garantizar el funcionamiento de la competencia mercantil exacerbada y la consiguiente explotación de los seres humanos y los bienes comunes, lo común aparece como un principio político que permite aspirar a la emancipación colectiva apoyándose en la autogestión económica, en la autonomía política y en el cuidado de nuestro común patrimonio material y cultural.

Sin embargo, la pregunta por el rol del Estado y lo señalado en torno a la guerra no puede tomarse a la ligera. Por un lado, es claro que, como señalan Hardt y Negri, la multitud está constitutivamente abocada a la promoción de la paz. El problema es que el éxodo propuesto como estrategia difícilmente pueda hacer frente a las máquinas de guerra del capital, articuladas en el Estado y las finanzas. En ese sentido, estamos lejos de poder pensar formas eficaces de antagonismo al dominio incontestado del capital. Por otra parte, más allá de las formas históricas de la relación entre Estado y capital, hay que pensar que el Estado es, dicho de manera exagerada, una “peripiecia de la gubernamentalidad”⁶⁸, y, por eso mismo, un terreno de lucha. Aquel puede ser el gestor de una privatización violenta del mundo, como lo ha sido casi siempre desde el nacimiento del capitalismo, pero también un socio en la defensa de lo común frente a la privatización, como lo vemos por ejemplo en el caso de la educación y la investigación científica públicas que, cuando son promovidas, contribuyen a la expansión de un común como es el conocimiento compartido (y con ello, a la innovación y creación de riqueza). También vemos dichas potencialidades cuando se reconocen constitucionalmente las distintas formas de propiedad y de organización comunal que existen en estados plurinacionales o del derecho al buen vivir, introduciendo los derechos colectivos y los de la naturaleza que ponen en cuestión a los regímenes jurídicos de matriz liberal basados en los derechos del individuo.

En ese sentido, la política de lo común debiera matizar la muy atendible “fobia al Estado” para poder fomentar articulaciones estratégicas y virtuosas entre lo común y lo público que generen alternativas a la privatización y a la destrucción ecológica y social que el capitalismo neoliberal produce sin pausa. En este sentido, César Rendueles nos recuerda que no deberíamos olvidar que el fin del estado de bienestar no fue una “implosión de racionalidades burocráticas sino un asalto político exitoso por parte de las clases altas”⁶⁹. Por eso mismo, oponer sin más lo común a lo público-estatal, como suele hacerse desde las políticas de lo común, carecería de sentido en una sociedad de masas, ya que en buena medida “el estado social podría ser entendido

68. Foucault, M., *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires, FCE, 2006, p. 291

69. Rendueles, C. y Subirats, J., *Los (bienes) comunes: ¿oportunidad o espejismo?*, Barcelona, Icaria, 2016, p. 43.

como el modo en que las sociedades contemporáneas gestionan los bienes comunes relacionados con asuntos como la salud, la seguridad, la educación o el transporte⁷⁰, terrenos donde la privatización ha hecho y sigue haciendo estragos.

Por supuesto, esto no quiere decir que los comuneros se vuelvan de ahora en más promotores de un new deal postneoliberal y defensores de un socialismo estatizante criticado hasta la víspera o de una representación liberal que desconoce sus aspiraciones y necesidades. En todo caso, lo que está por inventar es una gubernamentalidad alternativa que pueda colonizar incluso al propio Estado. Un ejercicio del gobierno que frente al individualismo propietario y competitivo del neoliberalismo promueva formas de cooperación que beneficien a los propios cooperadores, que frente a la concepción de todo lo viviente como un recurso a explotar, promueva un cuidado inteligente de nuestro hábitat. De lo contrario, en el contexto en el que vivimos, lo común y lo comunitario corren el riesgo de quedar encapsulados en pequeñas comunidades que sólo pueden aspirar, en el mejor de los casos, a la supervivencia y, en ese contexto, privarse de configurar una alternativa real y global al capitalismo neoliberal. En ese sentido, lo común debería constituirse como un principio político de autogobierno y reciprocidad que atravesase, contamine y subvierta todas las instituciones y que opere no sólo a nivel local, sino también regional, nacional y global.

Fecha de Recepción: 04/06/2017

Fecha de Aprobación: 14/09/2017